

Tiempo y cuidados en la administración, ¿queremos una *slow administration*?

La **lentificación** marcó los meses de confinamiento estricto durante la pandemia. Las interacciones en la esfera “productiva” se ralentizaron hasta casi detenerse, mientras que los cuidados ocuparon la mayor parte de nuestra atención. Detenimiento y empatía marcaban un tiempo en que nuestras intuiciones casaban con la ética de los cuidados: **sin dotar de valor a la esfera reproductiva, sin reconocer el carácter interdependiente del ser humano, no hay futuro**. Los cuidados no sólo eran necesarios para salvar las vidas de quienes enfermaron o para evitar el contagio, sino, especialmente, para sostener la vida en dimensiones a las que no habíamos otorgado demasiada importancia hasta entonces. Las discusiones en torno a la salud mental que hemos tenido desde entonces son un ejemplo de ello.

Parte de esa revelación colectiva se ha disipado con el tiempo, sin embargo, expresiones individuales de esta filosofía siguen muy presentes. Sabemos que dedicarnos tiempo es lo razonable y comprendemos el fenómeno de la llamada **“Gran Dimisión”** (*the Great Resignation*) en la que [14 millones de personas han “desertado” de sus puestos de trabajo desde que empezó la pandemia en los países de la OCDE](#).

Cuidado y tiempo están ligados, sí, pero ya lo sabíamos antes de la emergencia sanitaria. Estábamos asistiendo desde hacía años a la proliferación de servicios y productos que prometen calmar un ritmo de vida delirante. Esta economía de la lentitud ha visto aflorar la *slow food*, el *slow yoga*, la *slow fashion*, el *slow parenting*, las [slow news](#), el *slow tourism*, o la *slow education*. Lejos de ser formas de mero autocuidado, **estas tendencias (al menos en teoría) están ligadas a una visión global que trata de devolver un tempo asumible a**

Tendencias como la *slow food*, la *slow fashion* o las *slow news* buscan devolver un tempo asumible a prácticas que se han vuelto insostenibles

prácticas aceleradas e insostenibles a distintos niveles.

Son alternativas a un mundo de productividad atropellada que invade ámbitos centrales en nuestras vidas. Fruto de esta preocupación, por ejemplo, las administraciones de numerosos países han regulado el derecho a la desconexión laboral —garantizada en la Ley de Trabajo a Distancia en nuestra legislación desde julio del año pasado—. Pero, ¿podemos hacer algo más al respecto?

Este interés por lo lento ha hecho que en ciencia política se hable de *slow democracy* o democracia lenta. Pareciera que no estamos cuidando de nuestras democracias lo suficiente, que la inmediatez de los mensajes y los movimientos en política nos impide centrarnos en retos determinantes. Esta idea de **la democracia lenta está ligada al**

desarrollo de nuevas formas de democracia que se preocupan por y cuidan de la deliberación, la colaboración y la participación. Sabemos que los modelos deliberativos requieren de tiempo e implicación y que la impaciencia, que casa tan mal con la ética de los cuidados, les perjudica notablemente. Pero hay aspectos de la política en los que el detenimiento parece aún más difícil si cabe.

Es el caso de la administración. **¿Estamos dispuestos a defender una *slow administration*?**

Esta pregunta es, en realidad, una provocación. Por un lado, porque, a pesar del estigma, burocracia y lentitud deberían aspirar a ser contradictorias. Por otro, porque **lo que pretende la ética de los cuidados no es una simple ralentización de los procesos**, sino una sincronización de nuestra actividad a las formas y los ritmos que exige una atención adecuada. En realidad, **más que de administración lenta, deberíamos hablar de “burocracia que cuida”** o se preocupa, algo que [Sophie Bourgault](#) denomina “*caring bureaucracy*” (2017).

¿Es posible acercar la administración a la ética de los cuidados?

La respuesta la encontramos en la ciencia y la teoría de la administración. En la historia de la disciplina se han destacado autores como Max Weber o Frederick W. Taylor, que hicieron hincapié en el papel de la racionalidad, el procedimiento, el *expertise* o la eficiencia. Sin embargo, esta rama del conocimiento contó con una pionera “rescatada” de su historia recientemente: **Mary Parker**

Follet (1868–1933). Además de poner en cuestión la visión impersonal y mecánica del sector público, [DeLysa Burnier \(2003\)](#) señala que **la teoría del liderazgo relacional de Parker Follet identificó algunas de las claves para avanzar hacia una administración sensible a la perspectiva de los cuidados**. Entre otras virtudes, su teoría insistía en **la importancia de contar con un sector público abierto al testeo, la experimentación y la orientación práctica**. Asimismo, apostó por una lógica de la colaboración que tardaría casi un siglo en ser implementada. En la actualidad, los cambios en los procesos selectivos, la estructuración y las dinámicas de trabajo que se plantean desde la administración para responder a un entorno en transformación constante parecen haber dado la razón a esta perspectiva teórica ([Urban y Ward, 2020](#)).

Nuevas voces en la ciencia de la administración se manifiestan a favor de un sector público que, con mirada estratégica y vocación colaborativa, contribuya a resolver parte de la complejidad actual. Es aquí, en el pulso ineludible con el tiempo, donde la ética de los cuidados resulta más útil.

Tener “administraciones que cuidan” pasa por abrirlas al testeo, la experimentación y la orientación práctica

Julen Cocho Gonzalo